



EL NIDO DE LAS GAVIOTAS

Montse Astray

EL NIDO DE LAS GAVIOTAS



Primera edición: febrero de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Montse Astray

ISBN: 979-13-88195-18-1

ISBN digital: 979-13-88195-19-8

Depósito legal: M-5044-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Dedico esta obra a mi familia y a mi tierra gallega.

PRÓLOGO

Galicia, tierra mágica. Campos verdes y bosques interminables, olor a eucalipto y a flores silvestres, montañas de grandes picos, caballos salvajes al galope, por las laderas de Barbanza, la fría nieve del invierno en O Cebreiro. La naturaleza más bella y hermosa, donde se unen tierra y mar, con sus hermosas islas, As Illas Cíes, a de Ons, Sálvora... Tierra misteriosa llena de castros, dejando huella del pasado celta.

Galicia, donde las olas rompen contra las rocas de grandes acantilados, como en A Costa da Morte, olor a salitre en sus puertos y playas. La neblina de las primeras horas de la mañana te hace pensar en leyendas, meigas, santa compañía, *conxuros*. Tierra de sueños, de historia, tierra de leña y de *lareiras*.

Galicia esconde muchos secretos; algunos reales, otros místicos. En este lugar mágico y maravilloso, se desarrolla esta historia, que nos helará la sangre y nos dejará sin aliento.

Escoitaremos o canto das Gaivotas a caron do porto da Coruña, esas choivas de marzo, o rosío da mañá. Terra de encanto, de pescadores, de fervenzas, da pedra de Abalar en Muxia, da Costa da morte e os seus mistérios, de Finisterre e do Cabo de Touriñán, tantos e tantos lugares fermosos que a nosa terra nos pode amosar.

A brisa do mar, a queimada, o son da muiñeira, a beleza do paisaxe mariñeiro, unha aperta, un bico, o lume do San Xoan. Momentos fermosos que debemos valorar.

Galicia e terra de encanto, mística, de contos, algúns reais e outros non...

23 de enero de 2024

«La vida es sueño», eso dijo alguien alguna vez. Qué equivocas palabras. Para mí, la vida ha sido una pesadilla desde el 23 de enero de 2020: todo perdió sentido, ya nada importa, qué más da morir o vivir. No tengo miedo a la muerte, tengo miedo a la vida.

Los filósofos deberían decir que la vida es efímera, que hay que aprovecharla, que cada segundo cuenta. No es como las historias de cuentos de hadas que acaban bien, todo lo contrario; debería definirse «disfruta lo que puedas, porque todo se irá a la mierda». Supongo que cada uno tenemos un día concreto, marcado a fuego, nuestro destino, el que decide lo que nos va a suceder en este tablero de juegos.

Hay afortunados; como en cualquier juego, siempre puede haber un ganador o varios, y otros perdedores. Yo pertenezco al grupo de perdedores, de esos que, durante un tiempo, tuvieron la fortuna de que todo fuera un sueño, como dice esa frase, que no sé quién la escribió; me importa bien poco. Después del sueño, viene la pesadilla, el infierno, el dolor más grande, ese que te consume hasta los huesos, y te cambia.

Yo no siempre fui así. Era una persona alegre, disfrutaba de las pequeñas cosas, la brisa del mar, un abrazo, una caricia, el amor. Pero eso fue antes, antes de todo, antes de que todo cambiara, antes de que todo lo hermoso desapareciera en un segundo. No recuerdo casi nada de la persona que fui, solo pequeños retazos en mi memoria, de risas, conversaciones alegres, paseos interminables, recuerdos, recuerdos y más recuerdos de quien fui, y quien ya no volveré a ser jamás.

Después de tanto tiempo, de tanto investigar, cómo aplacar este dolor que no me deja respirar, solo veo una salida: no es la que yo decidí, es la que me impusieron. Jamás hubiera optado por esto,

no, ¡yo no era así!, ni siquiera se me habría pasado por la cabeza, pero he cambiado, ahora no veo otra alternativa.

Mis años de indagaciones han tenido por fin su fruto, y la justicia se cumplirá, aquella que no se dio en su momento, aquella que se llevó todo lo hermoso de la vida, aquella que me dejó en el pozo más profundo, del que no he salido ni un solo segundo. Para mí ya no hay luz, ya no existe.

No me han dejado otra alternativa. Debo hacerlo, lo llevo planeando mucho tiempo, cada detalle, nada puede fallar, y se cumplirá por fin, mi alma podrá descansar en paz.

23 de enero de 2024

Me levanto muy temprano, como todos los días, y me miro en el espejo, suspiro pensando en el nuevo día que comienza. Tomo mi primer café de la mañana, cargado, como me gusta, me siento y enciendo el televisor, y al minuto lo apago; no quiero ver noticias trágicas, para eso ya me llega en la comisaría. Me mentalizo para afrontar una nueva jornada, un policía nunca sabe lo que le va a deparar el día. Soy inspectora de homicidios desde hace siete años. No tratamos casos fáciles de llevar; la muerte, sea de quien sea, no es plato de buen gusto.

Mi marido, Simón, sigue durmiendo. Él es abogado, aprovecha a seguir enredado en las sábanas un ratito más, resguardado del frío invierno. Intento no hacer ruido, no quiero despertarlo, pero soy incapaz deirme de casa sin darle un beso en la mejilla. Me acerco muy despacio, a veces se da cuenta, y otras veces creo que no. Me marcho con cuidado, procuro cerrar la puerta sin dar un golpe brusco, aunque sé que Simón siempre siente cuando no estoy.

Al llegar a comisaría, no tardan ni diez minutos en decirme que el comisario quiere verme en su despacho, urgentemente. «¡Dios, ya

empezamos!», pienso. Dejo encima de mi mesa el bolso, el portátil, coloco mi blazer, y sacudo un poco las arrugas del pantalón, no uso uniforme reglamentario, a no ser que sea estrictamente necesario. Me dirijo sin mediar palabra con nadie al despacho de mi superior.

—Pasa, Marina, pasa, que hoy tenemos la hostia de trabajo, se nos está complicando la semana.

«¡Cuándo llegará la jubilación! —se dice a sí mismo—, ¡yo ya no estoy para estas historias, joder!, a unos meses de jubilarme y me viene este caso, ¡hay que joderse! Es que lo mío es mala suerte». Suspiró y me miró de frente. Yo estaba esperando a que dejara de quejarse, como hace siempre.

—Ha aparecido un cadáver en el puerto, lo encontró un anciano, don José Antonio Rubal, un paisano que paseaba a su perro, por ahí encima de esos papeles están sus primeras declaraciones. —Señaló con la mano una pila desordenada de informes—. El caso es que apareció en una situación un tanto extraña.

Cogí la declaración del señor Rubal para ir leyendo lo que había. Miré al comisario y pregunté.

—¿Un yonqui, señor?

—No, no parece que sea ningún yonqui. Según el testigo, es un asiduo de la zona, suele correr por las mañanas muy temprano. Lo reconoció al momento, muchas mañanas coinciden por el camino. El pobre hombre está en *shock*, el cadáver no se encuentra en muy buenas condiciones. Debes ir al puerto. Quiero que mires con lupa la escena del crimen, y poder levantar el cadáver y que los forenses dictaminen la causa del fallecimiento.

—Está bien, señor, ¿puedo pedirle al subinspector Camaño que me acompañe?

—Él ya está allí, Marina, así que venga, cagando leches, que luego la gente se arremolina y es complicado aislar la zona.

—Sí, señor, ahora mismo voy.

De camino al puerto, estaba furiosa. ¿Por qué Camaño no me había avisado? Soy su superior, su compañera, su amiga, me

cago en la puta. No me gusta ser la última en enterarme de las cosas.

Llevamos trabajando juntos muchos años. Además de compañeros, somos amigos. Quiero pensar que creyó que sería algo más común, como una sobredosis, o una pelea callejera; si no, lo mato.

Cuando llegué, pasé el control policial enseñando mi placa. Fui muy cabreada hacia Camaño.

—Hola, lo sé, ¡no te mosquees antes de tiempo, Marina!, que ya te veo la cara. Vienes que trinas. No creí que fuera nada parecido a lo que tenemos entre manos, ¿vale!?

—Vale, dime entonces qué tenemos.

—Pues a un tío muerto, ahí, donde atracan los transatlánticos. No vi nada igual en mi puta vida. Le arrancaron los ojos, le cortaron la lengua y, para más, creo que se los llevó de regalo, porque no aparecen por ningún lado, o los tiró al mar, que puestos, también pudo hacerlo. Pero la cosa no acaba ahí. Quien lo mató le grabó en el pecho un símbolo, o algo parecido. Es una cosa muy rara, Marina. ¿Será algo satánico?, ¿alguna de esas ofrendas que hace esta gente? También le grabó algo en la frente. ¡No, si lo dejó bonito!, ¡hecho un cuadro!

—Camaño, espera un poco, antes de hablar de cosas raras, voy a echar una ojeada al cadáver.

Me acerqué a la víctima, saludé a mis compañeros de la científica, que estaban tomando muestras, fotografías y demás. Me puse unos guantes de látex para mirarla de cerca.

Es un varón, de unos cuarenta y tantos años, buena compleción, diría que se cuida bastante, hace deporte, usa ropa de marca, camiseta Nike, zapatilla Adidas. «No parece uno del montón», pensé. Como me adelantó Camaño, le faltan los ojos, pero no se los arrancó, los cortó, los extirpó, diría que incluso tuvo mucho cuidado en hacerlo bien, ¡vació por completo la cuenta del ojo!

Consultaré con el forense si el asesino usó algún utensilio para quitárselos, creo que es lo más probable. Cogí un bastoncillo largo

de muestras para abrirle la boca. Me fijé en el corte de la lengua: es cuidadoso, está perfectamente recto, el objeto tenía que estar afilado, o incluso pudo usar el mismo que para los ojos. Fue un corte limpio, apenas le dejó lengua, llegó casi hasta la campanilla. En el pecho tiene un símbolo, podría ser celta..., me suena de verlo en algún lado. Cogí el móvil y saqué varias fotografías. Luego intentaría averiguar algo más del significado de esos símbolos. El del pecho es como una espiral de medias lunas girando, es reciente, se lo hizo hace poco, pero fue meticuloso, usó algo fino y cortante para que se viese claramente la forma, el diseño. Incluso lo limpió, no le dejó la sangre corriendo por la piel, pero profundizó en la herida para que quedara claro el mensaje. Demasiado trabajo para nada, quiere que el símbolo se vea bien. «Es importante para él», pensé. El de la frente es diferente, también una espiral, una línea fina trazada en el sentido contrario a las agujas del reloj, también me suena de algo, puede que sea algún tipo de amuleto. Tendremos que consultar con un historiador, un experto en la materia. Lo que está claro es que en ambos símbolos se esmeró. En el de la frente también clavó el utensilio haciendo una herida profunda. Su intención es que le demos importancia a estos dibujos, amuletos, o lo que leches sean.

Salí de mis pensamientos y me dirigí a los miembros de la Policía científica. Conocía a algunos: la agente María Solla, Manolo Quiroga, Marta Piñeiral; muy buenos en su oficio. La Policía científica siempre se encarga de buscar cualquier pista en la escena de un crimen, y en el cadáver, que nos pueda ayudar a encontrar al asesino: una huella de un zapato, una dactilar, un pelo, algo de donde sacar ADN, un trozo de ropa, etc. Su trabajo es concienzudo, se estudia cada resto de sangre, de saliva, cualquier cosa sospechosa ha de ser analizada.

Fui a hablar con María Solla, estaba metiendo un trozo de tejido en un bote de muestras.

—¿Has encontrado algo llamativo en el cuerpo? —le pregunté.

—Pues solo lo que ya has comprobado: los ojos, la lengua, los símbolos en el pecho y frente, quizá la posición del cuerpo, Mari-

na. No murió así, lo colocó en forma de cruz, brazos extendidos, cabeza recta, pies juntos.

—Sí, estoy de acuerdo. Opino que nuestro asesino nos está diciendo algo, ¿pero el qué?, ¿católico haciendo símbolos extraños?, no sé. Lo que está muy claro es que no lo mató aquí, no le daría tiempo a hacer todo este trabajo sin ser visto. Y, para más, no hay rastro de sangre, ni siquiera en la ropa, con esos cortes tan profundos tuvo que producir un reguero de sangre, pero lo limpió, quería que su obra quedara bien hecha, no le gusta la suciedad, no es un asesino común.

La agente Solla asintió, dándome la razón en mis primeras impresiones.

—¿Se sabe la causa de la muerte o se intuye? —le pregunté.

—La verdad es que no, tendrá que ser el equipo forense quien lo averigüe. A simple vista, no se ve nada concreto.

—Muy bien, toma las muestras y fotografías del cuerpo, más tarde hablaré con los forenses. No olvides las huellas dactilares para asegurarnos de quién es nuestra desgraciada víctima.

—Sí, señora, ya estoy en ello —dijo en tono burlón.

—No lo dudaba, lo digo más bien por protocolo. Sé perfectamente que sabes hacer muy bien tu trabajo.

Todos asintieron con una sonrisa.

¿A quién no le gusta que le alaben el trabajo que hace? Y más si es algo que está bien hecho. Son muy profesionales y no tengo quejas de ninguno de ellos.

Me alejé un poco y me fui junto con Camaño.

—Está claro que no es un asesinato al uso, no hay heridas de bala, ningún golpe o hematoma, solo los cortes, así que de momento es un misterio. Veremos lo que nos dicen los forenses. Lo de los símbolos tendremos que averiguar de qué va. Esto pinta mal, compañera.

Asentí dándole la razón.

—Pedro, ve a la universidad, habla con un historiador o un profesor de Historia, quien sea, pero que controle sobre este tema.

Enséñale los símbolos y a ver si nos dicen qué significan. Es importante averiguar qué quieren decir, porque el asesino se esperó demasiado para hacerlos perfectos, así que debe querer transmitir algo, o ser parte de un ritual de algún tipo, no lo sé, de ahí que sea necesaria la opinión de un experto.

—Vale, luego te cuento. Supongo que algún profesor de Historia encontraré.

—Yo voy a la comisaría a informar al jefe, veremos quién es este hombre. Hay que decírselo a la familia, pero antes quiero hablar con el forense. Camaño, ¿el testigo sigue por aquí?

—Sí, está con los sanitarios, el pobre se mareó un poco, es muy mayor, ¡vaya susto se llevó!, él y el perro.

—Voy a interrogarlo, a ver si consigo más datos.

Fui hacia la ambulancia, donde atendían a nuestro único testigo, me senté a su lado, le sonreí; parecía muy nervioso, y triste.

—Buenos días, señor Rubal, soy la inspectora Marina Costa. Me gustaría hacerle unas preguntas, ¿se ve capaz?

—Por supuesto, inspectora, dígame.

—Cuénteme lo que vio exactamente.

—Pues yo saqué a pasear a Paquirri, mi perro. Siempre voy temprano, sufro de insomnio, sabe. Me cruzo todas las mañanas con Mario, ya casi somos íntimos, o éramos, mejor dicho. Al principio solo vi una sombra en el suelo, pero, al acercarme, me di cuenta de que era Mario. Me alteré, no sabía muy bien qué hacer. Mi corazón se aceleró de más, incluso perdí fuerza en mis manos y sin querer solté a Paquirri. Pude coger el móvil y llamar a la Policía, después me senté e intenté calmarme. Tengo problemas de corazón desde hace años, pero Paquirri es un buen perro, mi mejor amigo, y volvió corriendo junto a mí, no me abandonó. Se puso a ladrar para orientar a la Policía, así sabrían dónde me encontraba. Al llegar, me vieron mala cara y decidieron avisar a una ambulancia, que me ha atendido muy bien, fueron todos muy amables, pero insisten en que vaya al hospital para hacer una revisión.

—Pues haga lo que le aconsejen los médicos, es por su bien.

—Lo sé, pero ¿qué hago con Paquirri?

—¿No hay nadie en su casa que se pueda hacer cargo de él?

—Sí, sí, está mi asistente, Isabel, es muy buena, mi mujer la apreciaba mucho. Ella falleció hace dos años, la echo mucho de menos, se la llevó el cáncer. Cuando uno llega a viejo, hace balance de su vida, y no puedo decir que no tuviera una vida feliz junto con ella y mis hijos, pero su ausencia está presente en todo momento. El que se queda sufre mucho, no tanto al principio, sino después, con el tiempo notas su falta por todas partes.

—Tiene razón, señor Rubal, pero es ley de vida, nos toca a todos pasar por eso, más tarde o más temprano, pero así es, todo tiene un principio y un final.

—Pues sí, hija mía, y disculpe la confianza.

—No se preocupe, le agradezco la cercanía y la sinceridad con la que me cuenta las cosas. Por Paquirri no se preocupe, un agente lo llevará a su domicilio y, de paso, avisa a Isabel de su situación. Dijo que tenía hijos, ¿verdad?

—Oh, sí, tengo dos, mi hijo está en Santiago, trabaja en la Xunta de Galicia, y mi hija es médico, en el hospital de A Coruña.

—Muy bien, los vamos a llamar para informarlos de lo que ha ocurrido.

—Noooo, se asustarán.

—Es lógico que se asusten, son sus hijos, pero es nuestro deber. Además, va a ir al hospital y necesitará que lo ayuden.

—Puede hacerlo Isabel, no hace falta que vengan ellos.

—Señor Rubal, su hija trabaja en ese hospital, ¿cree que no se enterará de lo ocurrido?, ¿acaso le ha sucedido algo que deba saber para no llamar a sus hijos? ¿Ha tenido problemas con ellos?

—Nooo, para nada, son muy buenos, pero no quiero asustarlos y se pondrán muy pesados vigilándome.

—Es que los hijos a veces somos así, pero cuando uno quiere de verdad, se preocupa por los demás, como seguro que hace usted por ellos, ¿a que sí?

—Por supuesto, señorita, son lo único que me queda.

—Pues no se hable más, haremos así. Además, esto es muy duro, encontrarse una persona en estas condiciones afecta a cualquiera, y no está de más ser prudentes.

—Pues sí. La verdad, le había cogido cariño a estos encuentros mañaneros. Mire cómo somos los viejos, nos encariñamos fácilmente.

—No diga eso, de viejo nada, está hecho un chaval, un pincel. Otros le tendrán envidia.

Él se rio a gusto.

Quería que se relajara un poco, me da ternura. Cuando llegamos a cierta edad, nos volvemos vulnerables. Es como volver al principio, cuando naces y dependes de otra gente para que te atienda. Es curiosa la vida, volver a ser un recién nacido, pero viejo, y con muchas vivencias encima de tus hombros, algunas pesan mucho, y duelen, y en cambio otras son alegres, y recordarlas te llena de alegría, pero te vuelves dependiente de los demás. Es duro envejecer, muy duro.

—Señor Rubal, ¿podría decirme algo sobre Mario?

—Bueno, sí, un día charlamos un rato. Era una buena persona, atento, tiene esposa y dos hijos, vive aquí cerca, en el Cantón Grande, y es juez, es lo único que sé.

—Muchas gracias, José Antonio, es de gran ayuda. ¿No vio por casualidad a alguna persona por la zona?

—No, inspectora, a esas horas es raro. Si vas más hacia el puerto, ves a los pescadores, pero por aquí nada.

—Otra pregunta, si no le importa, don José.

—Claro, dígame.

—¿La puerta de acceso a esta zona no está cerrada siempre?

—La mayoría de las veces sí, pero otras no, será por trabajos de mantenimiento, pienso yo. Ya sé que no se debe pasar, pero hoy estaba abierto.

—Entiendo, don José, no se preocupe, esté tranquilo, y muchas gracias por su ayuda. Si necesitamos algún dato más, lo llamaremos.

—De acuerdo, inspectora, lo que haga falta. Ojalá cojan al que le hizo esta barbaridad a Mario.

—Haremos todo lo posible, y usted cuídese, por favor. Hasta otro momento, don José.

—Adiós, inspectora, y gracias por ser tan amable.

Le sonreí y me fui hacia mi coche.

Salí del puerto de A Coruña con mil preguntas en la cabeza. Tocaré avisar a la familia, ese siempre es un trabajo difícil de sobrellevar, y más en casos como este.

Cogí mi Toyota Yaris y me dirigí a la comisaría.

Al entrar, había mucho revuelo, se estaba preparando un operativo, y el comisario nuevamente me llamó a su oficina.

—Costa, dime que tienes algo, porque lo único que sabemos es que se trata del juez Mario Perales, que vive en el Cantón Grande, tiene dos hijos que estudian en la Compañía de María, y su mujer se llama Ángela Sánchez.

—Señor, tenemos que investigar mucho más. El asesino pretende mandar un mensaje, la forma en la que dejó el cuerpo y los cortes en los ojos, en la lengua y esos símbolos..., pienso que son celtas. Me dicen que, detrás de todo esto, hay algo oculto, pero aún no sé lo que es.

—¿Qué significan los símbolos?, ¿tenemos alguna información?

—No. He mandado a Camaño a la universidad. Hablará con un historiador o un profesor de Historia que nos aclare su significado. Tampoco sé exactamente el motivo de la muerte, así que esperaré a ver qué me dice el forense. Los de la científica, a simple vista, no tenían ni idea de la causa.

»Interrogué al pobre hombre que lo encontró, no lo veo culpable de tal cosa, estaba bastante afectado, y es muy mayor. Solo sabe que era juez y que tenía dos hijos. Lo veía con frecuencia porque

coincidían por la misma zona, él paseando a su perro y la víctima haciendo deporte. Al parecer, salía a correr muy temprano por las mañanas, y don Rubal, un hombre viudo, solo, se despierta temprano y va a pasear a su perro, así que, por ese lado, no hay ninguna sospecha.

»Lo que de momento sé es que el lugar del asesinato no es ese, sino que lo mató en otro sitio, y se tomó su tiempo para hacer un trabajo esmerado. No podría arriesgarse a un lugar al aire libre y transitado, lo descubrirían. Cuando el asesino terminó su labor, lo llevó al puerto, a propósito, desconozco el motivo, quizá solo sea porque es la zona por donde solía correr con frecuencia. Tampoco sabemos en qué momento lo secuestró. Es pronto, señor, tenemos que seguir investigando.

—Está bien, Marina, suena lógico lo que me cuentas, pero quiero más datos, y rápido, tenemos un pirado por Coruña, haciendo tatuajes a la gente y arrancando ojos y lenguas. ¿Te imaginas la que se puede liar si la prensa se entera?, se nos echarán encima. Date prisa, Marina, dame más información, y pronto. Los de arriba no paran de presionar, y la prensa estará al acecho. Dile a tu gente que ni mu a la prensa, que nadie de tu equipo abra la boca o correrán cabezas.

—Sí, señor, todos sabemos que eso jamás se debe hacer. Pero se lo recordaré.

—Ah, y otra cosa, forma un equipo competente para que el trabajo sea más rápido. Gente de tu confianza, a quien tú quieras, me da igual. El caso lo llevas tú, estás al mando, y tu segundo es Camaño.

—Bien, señor. Querré a mi grupo habitual, puede que incluya a alguien más.

—Lo que decidas me parece bien, pero quiero resultados.
Asentí.

Salí de su despacho sabiendo lo que se me venía encima, un caso complicado, para nada habitual por esta zona. Me había en-

frentado antes a asesinatos, pero solían ser por cuestión de rencillas, narcotráfico, peleas callejeras, etc., pero esto es diferente, es un asesino que empieza a dejar miguitas para que vayas descubriendo quién es. Jamás me vi en algo así; es un reto para mí y para mi carrera.

Empecé formando el equipo, que sería el de siempre, ya lo tenía decidido. Lo primero fue llamar a Camaño para avisarlo de que sería el segundo al mando y que el jefe quería que yo llevara la investigación.

Camaño ya se lo imaginaba.

—Era de esperar —me dijo—, eres inspectora de homicidios, es lo que te toca.

Asentí ante su razonamiento, pero finalmente quien tiene la última palabra siempre es el comisario.

Los siguientes que formarán parte del equipo serán López y Navarro, con los que ya trabajé en otros casos, nos ayudarán en la investigación, y quiero tener dentro al chaval nuevo, el informático, Hugo; es tímido, pero me gusta su forma de trabajar, se concentra mucho en lo que hace. Él llevará el tema de las redes, internet y demás tecnología.

A Camaño le pareció bien lo que propuse y me informó que ya tenía más datos sobre los símbolos.

—Son celtas, Marina, como pensabas. Estoy de camino para reunirme contigo y hablar del tema en comisaría. No te creas que fue fácil dar con alguien que controlara esto, y eso que en Galicia hay muchísimos castros, pero nadie se quería mojar. Finalmente pude encontrar a la persona adecuada.

—Estupendo, Camaño, buen trabajo. Aquí estaré.

Al cabo de media hora, fui a una de las salas destinadas para las investigaciones y me la adjudiqué para nosotros, coloqué las fotografías de la víctima y del escenario del crimen, en el corcho, además de sus vínculos familiares, mujer e hijos.

Martín López y Anselmo Navarro se sentaron frente a mí, dispuestos a escuchar las órdenes. Martín es un agente curtido en

todo tipo de casos, lleva en el cuerpo más de quince años, es una de esas personas que no les gusta ser el que manda, rehúye de cualquier tipo de responsabilidad. Anselmo es lo opuesto, es uno de los mejores, pero le encanta llamar la atención, diría que de más; también lleva bastantes años trabajando de policía, más que Martín, y presume de su periplo por Bilbao, Madrid, Canarias.... A todos los policías nos destinan a diferentes localidades, pero Navarro siempre dice que vio de todo. Es un poco fanfarrón y tiene un vocabulario que deja mucho que desear, pero es duro, si hay que hacer frente a un enemigo, él no se amilana, tira para adelante, es capaz de defenderte hasta su último aliento. Para mí, por muy tozudo que sea, sigue siendo uno de los mejores agentes que hay, aunque no se lo diré, porque, si no, se le sube a la cabeza y no lo aguantaría ni Cristo.

Luego entró Hugo Suances, con su portátil, y se sentó igual que los demás, medio repantigado en la silla. Hugo es joven, lleva pocos años en el cuerpo, más bien lo captamos, es un *hacker* de primera, y los jefes le propusieron trabajar a favor de la ley y no en contra. Al principio se negó, pero le ofrecieron un buen sueldo, una casa donde vivir, estabilidad, así que finalmente aceptó, pensando sobre todo en su pareja, María, que estaba hasta el gorro de andar preocupada por el devenir de Hugo. Es muy buen *hacker*, y tenemos suerte de tenerlo en nuestras filas.

Cuando entró Camaño lo miré y pensé: «Necesitamos a alguien más». Él levantó las cejas a la espera, sabía que iba a decir algo, me conoce muy bien, son muchos años juntos.

La persona ideal para terminar de formar nuestro grupo tenía que ser Carmen Olivares. Llevo tiempo observando a esta chica: es novata, una agente recién salida de la academia, pero la he visto trabajar, y tiene algo especial, tiene instinto. No sé, tengo ese palpito con ella, y no suelo equivocarme.

—Camaño, avisa también a Olivares, vamos a necesitar muchas mentes pensantes y mil manos para actuar. Sé que es nueva y que está verde, pero tiene instinto y me gusta. En algún momento tiene

que empezar. —Navarro asintió ante mi lógica—. Todos los agentes tarde o temprano nos vemos en situaciones difíciles. Cuanto antes lo entienda, mejor para ella.

Al estar todos reunidos, cerré la puerta y me puse frente a ellos.

—Bueno, como sabéis, y si no lo sabéis, os lo cuento ahora, tenemos un caso muy complicado por delante: el del juez asesinado en el puerto. Yo llevaré el caso, vosotros estáis bajo mis órdenes, a no ser que tengáis alguna objeción, que, en ese caso, respetaré vuestros deseos y buscaré a otros agentes —me fijé en que nadie decía nada, así que continué—: Bien, visto que todos estamos de acuerdo, os cuento lo que tenemos por el momento, que es más bien poco. Espero que en las próximas horas demos con algo más sustancial.

Les entregué la copia del expediente a cada uno de ellos, para que lo miraran bien, con detenimiento, y pudieran sacar sus propias conclusiones.

—La víctima es un hombre de unos cuarenta y pico años, encontrado en el puerto de A Coruña, junto al muelle de los transatlánticos. Según criminalística, hay que esperar al informe forense para saber la causa del fallecimiento. Le quitó los ojos por completo y la lengua, además le grabó dos símbolos celtas, uno en el pecho y otro en la frente. El asesino se paró en hacer esos cortes, lo que me lleva a pensar que el lugar del asesinato es otro y que, posteriormente, lo llevó al muelle y lo colocó en forma de cruz, boca arriba. Desconocemos el motivo.

»Vamos a dar por hecho, por el momento, de que se trata de un solo asesino, aunque no descarto que en su muerte participase alguien más.

»Camaño estuvo conmigo en la escena del crimen, fue a hablar con un historiador para recabar información sobre esos símbolos grabados en la víctima. Pedro, dinos qué tenemos.



Triskele celta gallego



Espiral celta gallega

—Vale, hablé con el profesor Rey, Pablo Rey. Es historiador y profesor de Historia en la Universidad de Santiago de Compostela. Fue una suerte que estuviera aquí. Tiene que dar una conferencia en la Facultad de Filología hoy por la tarde. Me atendió muy amablemente en el despacho del decano.

»Bueno, ¡al caso!, el símbolo del pecho es celta, tal y como Marina sospecha. Se llama trisquel, o en gallego, *triskele*. El *triskele* galego de *lambrica* se representa con tres medias lunas girando sobre un mismo punto. El número tres era un número sagrado para los celtas; significa pasado, presente y futuro. Nacimiento, vida y muerte. Cielo, mar y tierra. Es la evolución, el equilibrio entre cuerpo, mente y alma. En realidad, es un símbolo de protección. Se creía que tenía el poder de alejar al mal y atraer energías positivas. Este símbolo celta se puede representar de diversas formas: tres espirales unidas, tres piernas humanas dobladas o tres líneas extendidas, o dobladas desde el centro. Pero los *triskeles* de Galicia y de Asturias son tres medias lunas girando sobre un mismo punto. El cristianismo adoptó símbolos del arte pagano, entre ellos el trisquel. Le otorgan el significado de la Santísima Trinidad. Los celtas lo solían poner en las armas, en las entradas de las casas, en cualquier sitio que desearan proteger del mal.

—Joder, ¿así que tenemos a la Iglesia también de por medio?, ¿tendremos que preguntarle a un sacerdote lo que significa este símbolo? —apuntó López.

—Nadie dijo nada de eso, López. El historiador solo le da una información a Camaño sobre el significado del símbolo en sí, y lo que representa, o lo que ellos creían. Es celta, con lo cual vamos a dejar a la Iglesia tranquila, por el momento. La única relación que hay con el cristianismo, de momento, es la posición del cadáver, en forma de cruz. Camaño, continúa.

—Bueno, el otro es una espiral sencilla, también celta. En un principio representa el sol, incluso, a veces, eclipses solares, así que para ellos es el crecimiento, la expansión y la reencarnación. Un ciclo sin fin, la vida eterna. El historiador dijo que las espirales son las formas más representadas por los celtas. Significan el paso del tiempo, la expansión, el crecimiento. Se solían grabar en metales o piedras. Si la espiral va en el sentido contrario a las agujas del reloj, significa el sol del verano, y si va hacia la derecha, significa el sol de invierno.

—Buah —dijo Navarro—, vaya sarta de chorradas mitológicas. Así que estamos ante un flipado de los símbolos celtas, ¿no?

—Está claro que para él son importantes, se paró mucho tiempo en hacer muy bien esos tatuajes, quería decirnos algo, o decirle algo a su víctima, o incluso a él mismo. De momento, son elucubraciones —aclaré—. Olivares, ¿tú qué opinas?, estás muy callada. Me interesa saber tu punto de vista.

—Estaba pensando, inspectora, que quizá el asesino quiera mandar un mensaje oculto, que aún no vemos. Puede que con estos símbolos explique por qué los mata, o qué pretende hacer al matarlos. Sinceramente, no parece que sea nada malo, o que no les tenga respeto; al fin y al cabo, son símbolos de protección. Pero ¿por qué un asesino graba esos símbolos, que en teoría son positivos, en el cuerpo de personas a las que mata? Eso es lo que debemos averiguar. Entender el mensaje original. Si no averiguamos la base, no tendremos nada.

Sonreí ante lo que dijo, y pensé: «Chica lista, no estaba equivocada con ella, ve más allá de lo que tiene delante».

Carmen Olivares es novata, pero desde que entró en la comisaría, me di cuenta de su talento, tiene ese don especial en ir más allá, investigar más de lo evidente. Creo que llegará lejos.

—Muy bien, Carmen, opino lo mismo que tú, el asesino manda un mensaje. Ahora debemos descifrarlo. Enhorabuena, agente —le dije—, es una exposición impecable.

Ella sonrió mirándome, se la veía muy contenta por estar haciendo las cosas bien.

—Hugo, quiero que averigües todo sobre este juez: ¿quién era?, ¿sus casos?, ¿si tenía amantes o no?, cualquier trapo sucio, ¿si andaba en redes? Lo quiero todo —le ordené.

—Entendido, jefa —contestó.

—López y Navarro, quiero que vayáis a los juzgados, interrogad a los amigos, conocidos, los compañeros de trabajo de la víctima. Sed precavidos, sin levantar demasiadas sospechas, no queremos que la prensa se entere, o todo se irá al garete. Quiero solo trabajo de investigación, nada de presionar a la gente, ¿entendido, Anselmo?

—Claro, jefa, sé comportarme, no perderé los papeles.

—Más te vale. Averiguad si tiene algo escondido, o se lleva mal con algún compañero, lo que os parezca sospechoso. Y si veis que alguien tiene intención de hablar con la prensa, dejadles claro que es información privada, y que, por el momento, la prensa no debe enterarse; vamos, que es confidencial.

—De acuerdo, jefa, queda claro —dijo López.

—Olivares, ayuda a Hugo con el trabajo de investigación sobre este hombre en las redes, pero primero quiero que vayas al puerto, a la escena del crimen, y saques tus propias conclusiones. Luego me cuentas. Es importante para un agente saber qué se está buscando.

»También haremos un registro en su casa y en su despacho. López y Navarro, os encargo el registro completo del despacho en

los juzgados, si es que lo tiene, o un lugar donde deje sus pertenencias. Si tiene secretaria, que es muy posible, interrogadla, intentad sacarle algo jugoso por donde tirar. —Los dos asintieron—. Carmen, tú interroga a los vecinos de la víctima, ve piso por piso. Si vieron algo raro, la opinión que tienen de él y de su familia, si era un hombre amable, lo que puedas sacar. Siempre hay algún vecino cotilla.

»Camaño y yo iremos a hablar con la familia, pero primero pasaremos por la morgue, a ver si ya tenemos la causa del fallecimiento.

»Venga, todos a trabajar. El comisario quiere datos y tenemos que darle algo.

Camaño hizo el amago de ir en su Seat Ibiza. Lo miré con las cejas levantadas y entendió perfectamente lo que quería decir con esa mirada, así que nos fuimos en mi Toyota. No es que tenga nada en contra de los Seat ni de cualquier coche en general, es que simplemente me gusta conducir, me siento más segura si llevo yo el control de las cosas, y Pedro Camaño, mi compañero desde hace más de diez años, sabe que tengo mis manías. Afortunadamente, las respeta.

En la radio sonaba Vanesa Martín, una de mis artistas favoritas, y la verdad es que Pedro está hasta las narices de oír siempre lo mismo, así que no discutí, le dejé que pusiera la Cadena Ser.

Fuimos directamente a la morgue para hablar con la forense. Al llegar, nos miró a través de los cristales con sus gafas de protección, y nos mandó pasar.

—Ya estabais tardando, inspectores —nos dijo.

Me llevé una grata sorpresa cuando vi a mi amiga Belén Raxal. No sabía si le habían asignado este caso. Saber que trabajo con ella me da más confianza, sé que, si encuentra algo fuera de lugar o escabroso, me lo contará. Además de que es una profesional como la copa de un pino, minuciosa, se fija en las pequeñas cosas que a otro le pasarían inadvertidas.

—Buenos días, Belén, me alegra verte. ¿Qué tienes que contar-nos de este pobre hombre? —le pregunté.

—Hola, Marinita, yo también me alegro. Pues te aseguro que es de los casos más interesantes que he tenido en mucho tiempo. La víctima, tal y como veo que intuiste, no falleció donde se encontró el cadáver. El trabajo que hizo el asesino se podría definir como artístico, delicado, y que le llevó bastante tiempo. Los cortes son precisos y profundos, con lo cual le sería inviable hacerlo en el puerto, además de que hay cámaras en esa zona, sería estúpido.

—¿Estás alabando el trabajo del asesino? —pregunté.

—No, claro que no. Pero, como forense y médico, creo que los cortes que realizó están hechos con mucha calma, y con profesionalidad. Esto no lo hace cualquiera, Marina.

—Entiendo. Vamos, que puede ser un experto, un médico, un forense... ¿Cuál es la hora de la muerte? —pregunté

—Yo diría que sobre las tres o tres y media de la mañana, aproximadamente.

—Eso le dejaría un rango de tiempo suficiente para que, a la seis, estuviera el cadáver en el muelle. ¿Qué me dices de la causa?

—Eso es lo que más me ha sorprendido. Fue por envenenamiento, usó una dosis muy alta de cianuro líquido, de ahí que no tengamos heridas ni marcas, más que las ya evidentes. También encontramos restos de anestésico en su organismo. Es más que posible que el asesino durmiese a su víctima en el momento de capturarla, o incluso antes de matarla. Eso precisamente es lo que más me sorprende. Sinceramente, Marina, no creo que tuviera la intención de hacerlo sufrir.

»Las heridas que tiene fueron *post mortem*. Cuando le extirpó los ojos con esmero, le cortó la lengua perfectamente recta y le tatuó sus dibujitos, el señor juez ya estaba muerto. Y uso la palabra extirpar porque es lo que hizo, no se los cortó, no fue una escabechina, dejó la cuenca del ojo completamente vacía.

—A ver si te entiendo. Según los datos, lo seda y lo secuestra, o lo sedó mientras lo secuestraba. Luego lo mata con cianuro, una muerte rápida, y se lo lleva a donde sea que está su escondite secreto, o espera a llegar y lo mata allí mismo. Después hace todo lo de-

más, con mucho cuidado, es perfeccionista, ¿quizá algo obsesivo?

»Lo limpia, porque no hay ni gota de sangre en su ropa, ni siquiera en su piel, quiere un trabajo perfecto, incluso puede que lo desnudara del todo. Luego se lo lleva y lo deja en el muelle, en posición de la cruz cristiana. El cadáver, como he dicho, está vestido y limpio; es decir, tiene cuidado con lo que hace y cómo lo hace, no desea ensuciar su obra.

—Efectivamente, eso es lo que creo que ha sucedido. No sé si podríamos calificarlo como obsesivo, pero desde luego es una persona que controla muy bien el manejo del instrumental quirúrgico. Creo que, por la forma de los cortes, usó un bisturí para quitarle los ojos con mucho cuidado, y le cortó la lengua también con un bisturí, o algún objeto de gran filo de laboratorio, aunque me decanto por el bisturí.

»Está claro que el asesino tiene ciertos conocimientos de la anatomía humana, puede que sea sanitario, médico, enfermero, cirujano, como ya dijiste... El caso es que sabe manejar un bisturí, y te aseguro, Marina, que no todo el mundo es capaz de hacerlo tan bien, tiene que haber practicado mucho a lo largo de su vida.

—Vale, entonces no pretendía torturarlo, solo matarlo, y que se estuviera quieto para hacer su..., llamémoslo ritual, si se puede llamar así. ¿Y los ojos y la lengua?, ¿no han aparecido junto al cuerpo, ¿por qué motivo?, ¿qué nos quiere transmitir? Estoy segura de que cada paso que da nos indica algo, pero no lo vemos. Incluso que no aparezcan ni la lengua ni los ojos puede tener importancia.

—Es posible que los tirase, los enterrase o los guardara de recuerdo, no sé, Marina. Yo soy la forense, los investigadores sois vosotros. Pudo hacer mil cosas con ellos, incluso comerlos, si se tratara de un caníbal, aunque, en este caso, no da el perfil de canibalismo.

»Mi opinión, bajo el punto de vista médico, es que buscó la forma de matarlo con el menor sufrimiento posible para la víctima. Eso es lo raro: un asesino no se para en preocuparse de si sufre o no su víctima, es como si no deseara hacerlo, pero no tuviera más

remedio. Quizá, ni siquiera disfrute haciéndolo, pero lo hace. Tendría que valorarlo un psicólogo y un psiquiatra.

—Ya, pues estamos perdidos, necesitamos algo por donde tirar.

»Hablaemos con la familia para que vengan a reconocer el cadáver y proceder a entregárselo. Tenemos que seguir investigando el entorno de este hombre. Puede que no sea tan bonito como nos lo están pintando.

»¿Sabéis lo que más me llama la atención? —comenté mirando a Camaño—. La familia no ha llamado a la Policía para denunciar su desaparición. Si tu marido no está a las tres o cuatro de la mañana en casa, y no da señales de vida, ¿no te preocupas? Es raro, ¿no?

—La verdad es que sí, a no ser que fuera esa su costumbre. Puede que no estuviera en casa, ¿quién sabe? —dijo Belén—, cada matrimonio es un mundo.

»Si yo te contara, Marina. No sabes lo que me sucedió este fin de semana: conocí a una pareja abierta, ¿cómo te quedas?, de tres. Yo respeto a quien le guste ese tipo de relación, pero a mí eso no me va, soy más tradicional. ¿A que no sabes lo que querían proponerme? —La miré con los ojos como platos—. Exactamente lo que estás pensando, querían que yo fuera la cuarta.

Miré a Camaño y tenía los ojos que se le salían de las órbitas, estaba sudando por todos los poros de su cuerpo. El pobre qué mal disimula, lo pasa fatal cuando se trata de Belén, todo le afecta. Ella lo supera, lo vuelve loco, y no lo quiere admitir.

—¡Pues vaya momentazo! Yo me sentiría un poco incómoda. ¿Qué hiciste?, ¿te fuiste de cuarteto?

—¿Pero qué dices? Nooo. Eran dos chicas y un tío. ¿Crees que iba a poder con las tres?

Camaño empezó a reírse pensando en lo que estábamos diciendo.

—¿Tú de qué te ríes? —inquirió Belén—. ¿No me ves capaz de hacer algo así, salvaje?, ¿por qué no? Soy libre como una paloma, no me espera nadie en casa, así que puedo tirarme a quien me dé la gana, y cuando me dé la gana.